

sas; las miradas llenas de efluvio, las caricias y los perfumes!

Marcial Castoret había notado que su coronel, su amigo, su hermano de leche, estaba más agitado que de costumbre cuando se vestía para ir á casa de la señorita de Olona.

Solignac, tan alegre de ordinario y que soportaba la vida burlándose de ella, se iba volviendo preocupado y casi sombrío.

—¡La mujer morena! ¡la mujer morena!—repetía Castoret moviendo la cabeza, según su costumbre.

El húsar estaba siempre dominado por la predicción de la señorita Lenormand, que se presentaba de vez en cuando á su imaginación como un fantasma.

—¡Mi pobre Catissu—decía á Catalina Magnac, la sobrina del cura, á la que había prometido casamiento,—pídele á Dios que el coronel no arriesgue tan fácilmente su pellejo y el mío! El golpe que le mate, me ha de matar; está escrito. ¡Ten presente que no podré casarme contigo sino á condición de que el coronel cuide de su vida.

Castoret estaba inquieto de ver á Solignac un poco agitado.

—Aquí entre nosotros—le dijo mientras que el coronel acababa de abrochar su chaleco,—hay tormenta en el cielo, ¿no es cierto, coronel?

—¿Quién te lo ha dicho?—dijo Solignac mirando á Marcial.

—Nadie, yo que lo adivino.

—Entonces, adivinas mal. Dame mi levita. Bueno. Y ahora, ¿qué te pasa?

Castoret, alto, delgado, anguloso, con las orejas apartadas de la cabeza, aunque algo ocultas bajo los gruesos mechones que le caían desde la frente, pasaba sus dedos nudosos sobre sus largos bigotes rojos, que unos perdigones sujetos á las estremidades, según la moda de ciertos soldados, hacían caer rectos y rígidos á lo largo de sus hundidas mejillas.

—Vamos—le dijo Solignac—¿qué te sucede?

—Nada. Una idea mía. Una tontería si queréis; pero cada vez que os veo ir á casa de esta... señora... me parece, mi coronel, que preferiría veros cargar contra un reducto.

—Eso prueba que no tienes el carácter aventurero ni el temperamento romántico, mi buen Castoret.

—¿Quién sabe?

—¡Ah! ¡bah!... ¿Tus amores?

—Amores honrados, mi coronel. Lo cual no impide que sean sinceros. Además estamos en país conocido. Catalina Magnac es la doncella de la señora condesa de Farges, á quien el otro día, según me ha dicho Catissu, habeis salvado la vida.

—¡La condesa!—dijo Solignac palideciendo ligeramente.

—Esa, que es una verdadera mujer del gran mundo y una buena mujer en toda la extensión de la palabra mi coronel. Catalina la adora; todo el mundo la quiere. ¡Ah! ¡Dios de Dios! ¡Si yo fuesel...

—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué has querido decir?

—No he querido decir nada, mi coronel.

—Bueno. Sobre este punto te agradeceré que te calles. ¿Me has oído?

—Sí, coronel.

Solignac iba á salir y Castoret le retuvo con un gesto.

—Una sola palabra, mi coronel—dijo—solo una.

—¿Todavía! ¿Qué quieres?

—Que cojais un arma, mi coronel, la que queráis, ¡pero una arma!

—¿Estás loco?

—No tanto. Prudente quizás, demasiado prudente si os parece, pero en cuanto á loco, seguramente que no lo estoy. ¿Sabeis sobre qué terreno caminais? Ignorais que en el barrio del Mont-Blanc dicen que esa italiana es una mujer pérfida y peligrosa, enviada á Paris por la corte de Nápoles para...

—Basta—dijo Solignac.—Los cuentos de la señorita Catalina Magnac no me interesan, y en cuanto á los peligros que pueda correr, debes saber mejor que nadie, que sé afrontarlos.

—¡Afrontarlos! ¡afrontarlos! Pero es que yo estoy interesado en el asunto, puesto que las cartas...

Solignac se echó á reír, dió una amistosa palmada en el hombro de Castoret y salió del hotel dirigiéndose, por los boulevares, hácia la morada de la señorita de Olona.

Respecto á Marcial, se tranquilizaba diciéndose que si su coronel iba á casa de la italiana, él no estaria muy lejos, puesto que aquella misma noche le esperaba Catalina Magnac en el hotel de Farges.

Hacia poco que Agostino Ciampi se habia retirado cuando el hermoso Solignac entró en casa de Andreina. Habia cerrado la noche. Una alta lámpara, en forma de palmera, iluminaba el salon en que permanecia la señorita de Olona, y las mariposas nocturnas y las falenas iban á veces, entrando por la puerta que daba al jardin, á revolotear alrededor de la luz. El jardin, sumido en la oscuridad, aparecia vagamente como tenebrosa decoracion, destacando las masas sombrías de sus árboles, parecidas á grandes manchas verde oscuro sobre un cielo profundo, pero sin estrellas.

Tenia algo de misterioso, de triste é inquietante aquel gran salon en donde se hallaba Andreina, palida, silenciosa, y hubiérase dicho que más allá, entre el vacío y las tinieblas del jardin, algo siniestro é invisible acechaba escondido.

Andreina pudo convencerse de que las previsiones y los temores de Agostino no eran vanos. Solignac debia pensar indudablemente en otra, porque se mostró reservado, preocupado, casi frio, y sus miradas parecian interrogar la vaga profundidad del jardin, como si su pensamiento hubiese querido atravesar el espacio y penetrar en el hotel de Luisa de Farges.

La hermana de Agostino estaba desconsolada, y en aquel momento sentia, ante la glacial me-

lancolia de Enrique, aquella picadura en el lado izquierdo de que hablaba momentos antes el marqués. Deseaba investigar bruscamente en el fondo de la preocupacion de Solignac, que esplicase él mismo las causas de su silencio, de su actitud forzada y de sus miradas fijas, que á pesar suyo, se perdian por encima de la tapia en el hotel de la condesa.

De repente se estremeció. A través de los árboles, lejana y fugitiva como una queja, llegó á sus oídos una melodía tocada en el arpa, tierna, dulce, tímida, apenas perceptible en su especie de suspiro poético y prolongado. Era una de esas romanzas de Alvimare, el arpista de la Grande Opera, que alternaba entónces con Plantade y Carbonel, músicos encargados de anotar, armonizar y corregir, para presentarlos al público, los aires que tarareaba la reina Hortensia; una romanza coqueta y melancólica á la vez, en que el sentimentalismo reemplazaba al sentimiento, pero que, en aquella noche de estío y en el grande y solemne silencio que reinaba, parecia un reflejo de la inmortal y desgarradora poesia de un suspiro de Mozart.

Solignac se habia estremecido al escuchar los sonidos del arpa y adivinaba bajo qué dedos encantadores vibraban las cuerdas del instrumento.

Y Andreina, con los párpados entornados, sentia llenársele los ojos de amargas lágrimas y murmuraba en voz baja con extraño acento de amenaza:

—¡Oh! ¡Esa mujer! ¡Esa mujer!

Cuando abrió los ojos no vió ya á Solignac sentado, como antes, á su lado. El coronel se habia levantado, y de pié, apoyado en el marco de la puerta, miraba hácia adelante en la oscuridad del jardin.

Los moribundos sonidos del arpa ya no llegaban á sus oídos; pero Andreina adivinó que él continuaba oyéndolos.

Pasóse rápidamente la mano por su frente, que ardía. Maquinalmente su mirada se dirigió á la lámpara, cuyo cristal golpeaba una falena con sus alas ya medio quemadas.

Una amarga y triste sonrisa asomóse á los labios de la italiana.

—¡Povera! ¡poverina!—dijo fijando sus pupilas en el insecto atraído por el brillo de la lámpara.—¡Tú tambien estás ansiosa de luz, de dicha y de alegría! ¡Consume tus alas en ese ardiente fuego! ¡Quémate, quémate en ese estéril sol! ¡Ah, vana llama del amor!

Y por una extraña preocupacion, le parecia que era ella, que era su alma, la que, bajo la forma de aquella falena corria hácia la luz y hácia el amor para consumirse en él.

—Así murió Ottavio—dijo con aire extraviado, pensando de repente en aquel hombre joven y hermoso que, allá en su pais, se habia matado por ella.—¡Bah! ¡Ottavio! ¡Qué me importa Ottavio? ¡Tanto peor para aquellos que son tan cobardes que, no siendo amados, aman!

Andreina se adelantó hacia Solignac que continuaba inmóvil y apoyando ambas manos sobre sus hombros:

—Enrique,—le dijo,—¿quieres tomar un consejo? ¡Vete! ¡Esta noche, no me amas!

El joven se había estremecido al sentir que le tocaban; y pareció sorprendido al oír aquellas palabras de su querida, como si Andreina hubiese penetrado, con el pensamiento, hasta el fondo de su corazón.

Los ardientes ojos de la italiana, de los que no veía en la sombra más que su estremado brillo, parecían interrogarle con una agudeza dolorosa.

—Vete,—repitió Andreina.—Prefiero pensar en tí ausente que verte ahí mudo y desconsolado por no hallar qué decir á la mujer que se ha entregado á tí por completo! Las canciones de la noche hablan más elocuentemente á tu corazón que la voz de la mujer que ya no oyes,—añadió con una amargura más dolorosa que irónica.—En último resultado, ¿qué hay de eterno en el mundo? ¿El dolor? ¡Ni aun el dolor, puesto que mata!

Solignac comprendía que aquella mujer le había adivinado, pero no se sentía en realidad con fuerzas para desengañarla, ni tenía valor para mentir. Seguramente le había seducido la irresistible belleza de Andreina y aquella embriaguez de amor, semejante á la alegría de un hermoso día de primavera lleno de sol y de flores, la apreciaba como uno de los mejores recuerdos de su vida. El perfume de las rosas que había sido el lenguaje de aquel amor, le embargaba todavía, pero el capricho palidecía y se borraba ante la pasión naciente y pura.

Esos amores pasajeros son como los fantasmas de las noches oscuras, que se desvanecen al primer rayo de sol del verdadero y eterno amor.

El coronel lo comprendía así y no pudo menos de conmoverse cuando el sonido del arpa, como para contestar á las palabras de Andreina, volvió á resonar tierno y melancólico, con acentos de barcaola en que cada nota caía como una lágrima ardiente [de los ojos hinchados por el dolor.

Y la romanza continuaba, furtiva y apenas oída, arrullando por decirlo así, el pensamiento de aquel hombre que soñaba, y desgarrando el corazón de la italiana que hubiera querido gritar para ahogar aquellos sonidos tan débiles y tan crueles para ella.

—Vamos—dijo Andreina.—¡Hasta mañana!

Alargó la mano á Solignac, como había hecho á Agostino, pero con un gesto más brusco y doloroso.

—Hasta mañana—murmuró Solignac sin pensar en lo que decía.

Y se alejó. Andreina lo llamó, casi involuntariamente, con un grito. El coronel se volvió.

La joven lloraba.

—¡Pobre mujer!—dijo, precipitándose hácia ella y estrechándola en sus brazos.

Pero Andreina soltóse bruscamente, y con tono breve y seco le dijo:

—No, no quiero compasión. ¡Preferiría el ódio!

Cogió entonces rápidamente la mano de Solignac y se la besó:

—¡Amamel ¡amamel!—dijo entonces suplicante,—¡Es mi vida! te lo repito, es mi vida lo que te he dado!

Y bruscamente, soltando una carcajada, viendo á la falena que caía con las alas quemadas al pie de la lámpara:

—En último resultado. ¿qué es la vida? ¡Mira! Luego añadió:

Nosotros somos los que debemos huir de la hoguera. ¡Si nos devora, tanto peor! Es que la suerte lo habia decidido así. ¡Hasta mañana, ó adios! ¡Sí, adios para siempre, si ya no me amas!

La italiana habia pronunciado estas últimas palabras con un acento casi siniestro.

A Solignac le causó tal impresion que tuvo miedo por ella.

—Hasta mañana—dijo, impulsado por aquel sentimiento de lástima que avergonzaba á Andreina.

Envió con la mano un adios á la jóven y se precipitó fuera del salon, dirigiéndose á través del jardin, hácia una puertecita que abría en un callejon que iba á dar á una especie de pasadizo que bordeaba el hotel y conducía hasta la calle del Mont-Blanc.

Andreina vió desaparecer á Solignac con una emocion nerviosa, casi con lágrimas. Le parecia que no iba á verle más, que no volvería á entrar en aquel hotel en donde le habia esperado tantas veces. Habia dicho: *¡Hasta mañana!* Pero ¿y si la habia engañado? ¿Y si realmente amaba á aquella mujer?

Además, el jardin, con su sombría profundi-

dad, sus grandes masas negras, inmóviles, fúnebres, y sus alamedas oscuras, tenia aquella noche algo de dudoso y terrible, que hacía instintivamente temblar á Andreina, en cuyos oídos resonaban aun las amenazas de Agostino.

Habia escuchado los pasos del coronel resonar en la arena, luego se habian perdido á lo lejos y despues reinó el más profundo silencio.

—Se acabó—dijo la jóven—¡Sola!

Dejó escapar un movimiento de ira y estrujó entre sus dedos un pañuelo de batista, mientras resonaba de nuevo, allá abajo en un pabellon del jardin del hotel de Farges, la romanza de Alvimare, tocada por el arpa invisible.

Andreina llevó sus manos á la cabeza para ahogar los lánguidos murmullos de aquel arpa, pero, de repente, un ruido siniestro interrumpió bruscamente la romanza; oyóse una lúgubre detonacion que resonó en aquella fúnebre oscuridad con trágico eco.

Andreina lanzó un grito y llevó instintivamente la mano á su corazon, pareciéndole que la acababan de herir. ¿De dónde habia partido aquel tiro? Lo ignoraba. ¿Contra quien habian tirado? No podia sospecharlo, pero el instinto, el espanto y el amor, llevaron un nombre á sus labios:

—¡Enrique! ¡Enrique!

Quería correr, y sus piés fijos en el suelo, no la permitian dar un paso; vaciló, la sangre afluyó á su pecho y tuvo que apoyarse en un sillón para no caer desmayada.

—¡Ah! que cobarde soy—se dijo.

Haciendo un violento esfuerzo, sacudió aquel estado de anonadamiento, de inmovilidad y de terror.

Lanzóse hacia el jardín, y guiada, por el instinto, llegó, á pesar de la oscuridad de la noche, hasta la puertecita que daba al callejón.

Le parecía que iba á volverse loca, pues su imaginación le representaba á Solignac herido, asesinado, muerto. Y entonces se daba valor con aquel grito que era á la vez como un llamamiento y una animación.

—¡Enrique! ¡Enrique!

Abrió rápidamente la puertecita con la llave que siempre llevaba consigo y se halló en el callejón sombrío, sin luz y que creyó desierto. Volvió á llamar y nadie le respondió. Aquella detonación le pareció entonces más terrible y misteriosa todavía.

—¡Enrique!

Adelantóse algunos pasos hacia el pasadizo que bordeaba el hotel, y, á la luz de un lejano reverbero, vió entonces al final del pasaje dos sombras que caminaban lenta y pesadamente y que pronto desaparecieron en la oscuridad,

—¡Es él!—se dijo.—¡De seguro es él!

Repitió de nuevo su grito de dolor y zozobra.

—¡Enrique!

Y, cuando iba á lanzarse hacia la calle, sintió de repente una mano de hierro que la sujetaba por la muñeca, y la voz de Agostino la dijo al oído con un acento gutural que Andreina no había oído nunca en el marqués:

—¡No grites! ¡No llores! ¡Déjale, ó te juro

por mi vida que te ahogo entre mis manos!
—¡Agostino!—exclamó la joven.—¡Ah, bien sabía yo que se había cometido un crimen y que el asesino eras tú!

—Vuelve al hotel,—dijo el marqués duramente—y no trates de ver de nuevo á tu amante. Si muere, he cumplido mi misión; si sobrevive, tengo que volver á empezar.

—¡Cobarde! ¡asesino!... ¡Ah, miserable!

La mano del marqués apretaba la muñeca de Andreina como una argolla que le hubiese destrozado los huesos!

—Vuelve al hotel,—repitió Agostino.

Y con un movimiento súbito arrancó á la joven la llavecita que aun conservaba en la mano.

Andreina, azorada, loca, se dejó arrastrar hasta la puerta del jardín, que Ciampi cerró tras de los dos.

Luego rechazóla bruscamente, y, atravesando el jardín, se dirigió hacia el hotel, decidido á salir por la puerta principal que daba á la calle Mont-Blanc.

Andreina se había dejado empujar y arrojar allí, como si hubiese estado inerte.

Luego, cuando se vió sola y se le representaron aquellas dos sombras que se alejaban, y de las cuales una era indudablemente Solignac, tuvo un momento de verdadera locura. Precipitóse contra la puertecita, llamó, gritó, y como sus voces se perdían en el vacío, cayó desmayada sobre la arena del jardín, y sus largos cabellos cubrieron las clorosas flores que bordeaban los estrechos senderos del mismo.

—Tuve razon al esperar, figurándome que el ruido la haria salir — pensaba Agostino alejándose.— ¡Si yo no hubiese estado aquí, sus gritos hubieran alborotado á la servidumbre de los hoteles contiguos y me hubieran perdido!

Pasó delante del portero, que, un poco pálido, le preguntó de dónde habia procedido aquel ruido.

—¿Cuál?

—¿No habeis oido un tiro?

—¡Bah!—dijo el marqués.—¡Algún loco! ¡un suicida!

Encogióse de hombros, y, atravesando el umbral, se lanzó á la calle.

XIV

La bala

Al separarse de Andreina, Solignac sentíase turbado y descontento. El dolor evidente de la italiana le daba pena y, no obstante, se reprochaba el haber ido. La romanza de Alvimare le habia parecido un reproche y tenia prisa de alejarse para no oirla más. Apenas habia dado algunos pasos en la oscuridad—porque hasta el pasadizo que conducia á la calle del Mont-Blanc no habia luz alguna—le pareció oir pasos detrás de sí. Detúvose y escuchó, no por inquietud, sino por curiosidad. ¿Quién podia hallarse allí? ¿Por casualidad espiarían al coronel?

Solignac no oyó más y continuó su marcha.

En el momento en que llegó al pasadizo, creyó de nuevo oir ruido. Volvióse quedando de frente al callejon de donde acababa de salir. Su silueta, apenas visible mientras habia seguido la tapia del jardin, se destacaba ya sobre un fondo más claro; un tiro, el que habia oido Andreina, cruzó las tinieblas, y el coronel sintió de repente, en el lado izquierdo, un golpe comparable a¹